Es fácilmente transportable dentro de su estuche, sin temor de averías que lo inutilicen.

Así como en el Forlanini actual la inutilización de una sola pieza fundamental implica también la de todo el aparato, exigiendo la adquisición de otro nuevo, en el nuestro se pueden cambiar aisladamente cada una de sus piezas componentes, conservando el aparato.

Por último, es relativamente económico, y su construcción total, así como cualquiera reparación, pueden realizarse aquí mismo, sin necesidad de apelar al extranjero.

Los anormales en la historia.-El Príncipe Don Carlos (1545-1578)

POR EL DOCTOR W. COROLEU

«La historia—ha dicho el gran erudito inglés Freeman—es la política del pasado.» Esta frase, que encierra en el fondo una gran verdad, se ha tomado quizá excesivamente al pie de la letra. Sobrado tiempo, en efecto, se ha guardado sólo en la cronología de los pueblos el recuerdo de sus guerras y el de sus reyes. Las artes, las letras y las ciencias, que forman sin embargo el patrimonio espiritual de la humanidad, dejábanse en lugar secundario. A corregir tan injusta preterición han tendido los esfuerzos de la escuela histórica contemporánea. No han sido escasas, en efecto, ni de poco valor, las investigaciones que a la luz del criterio moderno han examinado los hechos interesantes para la ciencia en edades pretéritas. Limitándonos únicamente a la Medicina, es respetable ya el material que de los archivos se ha aportado y se aporta cada día para su estudio. Pero sin duda que de todas las ciencias médicas ninguna como la Psiquiatría tiene relaciones tan íntimas con la historia. Al fin y al cabo los hechos humanos arrancan y son producto de la organización anátomo-fisiológica. Muchas veces lo que semeja heroísmo, santidad, crimen o perversión, no es más que locura. De aquí que el alienista digno de este nombre deba extender sus averiguaciones al pasado, no sólo para completar sus estudios en el presente sino para dar la verdadera norma y explicación de problemas históricos de magna importancia. Las ciencias decaerían, en efecto, en su dignidad, si no se prestasen mutuo apoyo iluminando cada una de ellas lo que sus hermanas dejan en la penumbra. Jamás el *damus petimus que vicissim* fué de tanta actualidad como en este terreno de noble cooperación intelectual.

Pero si la historia de la locura no es, por decirlo así, cosa nueva, si las biografías de la vesania abundan desde luenga fecha, no ocurre así con los anormales. Estos son tan advenedizos en la ciencia médica como en la histórica y no han sido objeto de estudios retrospectivos mas que un modo muy somero. De aquí que creamos pertinente comenzar por un caso célebre a la vez y español, que ha hecho ya correr mares de tinta a poetas y literatos, que lo han convertido en un tipo legendario. Nos referimos al célebre Infante don Carlos, el hijo mayor de Felipe II, cuya corta y azarosa existencia ha sido popularizada por el drama de Schiller y la ópera de Verdi.

El Infante don Carlos había nacido en 1545, de la unión de Felipe II con María de Portugal, hija de Catalina, cuarta hermana de Carlos V. Los reales cónyuges eran, pues, primos hermanos, y de una casa donde no faltaban estigmas de degeneración mental. Célebre es, en efecto, la locura de Juana de Castilla, madre del Emperador, y el extravío de espíritu de la princesa Juana de Portugal, hermana de Felipe II. Sea como quiera, el Infante don Carlos costó la vida a su madre, que falleció verosímilmente de una infección puerperal. El joven príncipe fué educado primeramente por la piadosa dama portuguesa Leonor de Mascareñas y luego por eminentes eclesiásticos, entre las cuales descuella Onorato Juan, discípulo de Vives y que más adelante fué elevado a la sede episcopal de Osma. Durante los primeros años nada dejó que desear el Infante. «No rehusa el estudio—decía Antonio de Rojas, su mayordomo, al Emperador—y está bien corregido y disiciplinado.» Es sabido, en efecto, que la primera infancia de los anormales se desliza muchas veces sin incidente alguno. Sea que a falta de una exploración científica bien dirigida se ignoren sus defectos intelectivos y éticos, sea que éstos no aparezcan con la sujeción y mínimas necesidades mentales de los niños, lo cierto es que pasan aquéllos por alto. Desde 1558 y por tanto cuando ya el Infante contaba trece años cambia el tono de las cartas de sus preceptores: «No va tan adelante como yo querría», dice García de Toledo, otro de sus ayos; «no hacen mis palabras, ni la disciplina aunque le escuece mucho, el efecto que debían». Y añade después, como para esquivar

su responsabilidad en el porvenir. «Paréceme muy necesario que V. M. le viese y que el príncipe diese una vuelta por allí (Países Bajos) para verle, porque *entendidos los impedimentos que en su edad tiene*, mandase V. M. lo que fuera, de la orden con que yo le sirva, si debe mudar, en lo cual hasta agora no hallo que.» En una palabra, los pedagogos del Infante no sabían ya lo que hacer ante sus anomalías de carácter y de inteligencia. Al mismo tiempo don García avisaba al Emperador «contra quienes diferentemente podían informarle del príncipe y que no lo miran del lugar y con el cuidado que yo». Como nota curiosa de la extraña mentalidad del Infante puede citarse la siguiente anécdota. Beatriz de Toledo, hija del Duque de Alba, acababa de tener un hijo, y el limosnero Osorio del cuarto de don Carlos, acudió a felicitarla en nombre de éste. La felicitación llevaba anejo el raro cumplimiento de no haber quedado encinta la noble dama mientras el marqués de Astorga, su marido, había estado en desgracia con Felipe II. Si esta anécdota, referida por Osorio, es cierta y no expresiva de un ridículo invento de cortesano, no deja de revelar una excéntrica intelectualidad en boca de un niño de catorce años.

Como ocurre en tales casos, procuraban los preceptores ganar tiempo para acostumbrar los padres a la triste realidad. «Aunque no es mucha la mejoría en lo que se ocupa—escribe don García al Emperador—veo que desea acertar que es parte que con la continuación de procurarlo podrá valer mucho.» Onorato Juan, más franco, se expresaba en estos términos: «S. A. está bueno, bendito Dios y yo hago en sus estudios lo que puedo y hasta más de lo que otros maestros quizá hicieran... Pésame que no aproveche tanto éste como yo deseo: la causa de donde yo pienso que esto procede entenderá por aventura V. M. de S. A. algún día... y lo que con estas dificultades, que no han sido pocas ni de poco momento, me he esforzado siempre en servir a V. M. y a S. A. Pésame en el alma que el aprovechamiento de S. A. no sea al respecto de como comenzó y fué los primeros años.» Y como temiendo haber ido sobrado lejos acaba diciendo. «Y suplico a V. M. me perdone este atrevimiento y ser servido de mandar romper esto.»

Al mismo tiempo las anormalidades de carácter se manifestaban ya como es de rigor en los atrasados. «En su primera juventud (adolescencia)—dice Horacio de la Rena, autor de un *Vida de Felipe II*,—llevado quizá el Príncipe de su pasión por la caza, de nada gustaba tanto como de ver asar vivos a los animalitos, y teniendo una vez en la mano una culebra para sus juegos e irritándola con tormentos le mordió aquella un dedo, a lo que él de súbito respondió tronchándole la cabeza de un mordisco. Mencionemos aquí no solamente la estúpida crueldad con los animales, propia de los degenerados sino también la bárbara y repugnante acción de cortar con sus dientes la cabeza del bicho. Tiépolo, embajador veneciano, señalaba ya en su correspondencia la crueldad del Infante. Más explícito aun Badoero, embajador de Venecia también, escribía que «cuando le traían de la caza liebres u otros animales gustaba de verlos asar vivos». El propio diplomático explica además que le era imposible al Príncipe mantenerse mucho tiempo descubierto ante su padre o su abuelo. Por fin Duarte de Almeida, embajador de Portugal, habla ya del orgullo sin límites del Infante.

Dificultad en los estudios, malas inclinaciones, rebeldía a toda educación, nada falta para caracterizar un tipo anormal. Si algo se echaba de menos era el desequilibrio de facultades, principalmente las afectivas. Felizmente poseemos un documento que nos ilustra plenamente acerca del particular. Nos referimos a la carta de don García de Toledo al Emperador dándole cuenta de lo que ha costado de retener al Príncipe cuando ha sabido la llegada de aquél para que no saliera a recibirle y besar sus manos sin aguardar orden ninguna. Esto debe compararse, para valorarlo debidamente con la impaciencia y descortesía que no le permite estar descubierto al lado de su ilustre abuelo. El preceptor acompañaba la carta del Infante, cuya mala ortografía y redacción es otra prueba de sus lagunas mentales pese a un educación modelo.

Algunos historiadores poco perspicaces citan como prueba de las buenas cualidades de don Carlos su generosidad, revelada a veces por sus cuantiosos donativos. Apenas hay que decir que ante ojos ejercitados esto no es sino despilfarro y prodigalidad. Lo trivial de las circunstancias que motivan tales regalos es prueba de su origen frenopático. Don Carlos llega a entregar aún lo que no le pertenece, y así firma con toda solemnidad una cédula que sella y dirige «a su grandísimo amigo el doctor Suárez» dándole «diez mil ducados para quando pudiera» para el casamiento de sus tres hijos. Con menos motivo se instan hoy expedientes de prodigalidad e incapacidad ante los tribunales. Digamos de paso que el mismo Infante que tira los ducados a miles es el que veremos más adelante entrar en iras terroríficas por ligeras pérdidas de dinero. Se trata, en una palabra, de ignorancia infantil por una parte y de fastuosidad aparatosa por otra en tales actos de limosna, por ilusión que hicieran a sus contemporáneos como Tiépolo.

En 1559, viudo Felipe II de su segunda esposa María Tudor, contrajo matrimonio con la Princesa Isabel, hija de Enrique II de Francia. La circunstancia de haber sido ésta prometida años antes con el Infante don Carlos y la tragedia de este último en el porvenir han creado la leyenda de los amores de ambos que poetas y dramaturgos han hermoseado más tarde. Sin embargo, la crítica histórica ha re-

velado lo infundado de tales suposiciones. Isabel fué prometida por exigencias de la política siendo todavía niña y jamás había visto al Infante de España. Este, por otra parte, poca impresión podía producir en el ánimo de la joven princesa con el aspecto contrahecho y enfermizo que desde niño tuviera. Por lo demás, el Infante, con ocasión de la solemne jura del Rey en Toledo poco después de su casamiento, hubo de descubrir de nuevo su mentalidad perturbada.

Proclamábase en aquel grandioso acto al Infante como heredero de la corona de Castilla, lo cual prueba hasta qué punto se le creía capaz. El héroe de la jornada estaba pálido y desencajado, «con mal color de cuartanario», dice Cabrera en su *Historia de Felipe Segundo*. Cuando hubieron jurado ante las Cortes de Toledo no sólo el Rey sino los grandes dignatarios, fué el postrero en hacerlo el Duque de Alba, que había actuado de organizador de la fiesta. Preocupado quizá con sus trabajos de aquel día hubo de olvidar su deber, que era de besar la mano del Infante. Este se encendió de ira, lanzándole una mirada indignada, y como el Duque cayendo en la cuenta de su falta le presentara sus excusas, lejos de recibirlas le denostó de tal modo que el Rey le obligó a retractarse y aun a pedirle perdón.

A todo esto dejaba mucho que desear la salud del Infante, quien padecía una infección de tipo febril que llamaban cuarterona sus médicos y que según re ación del obispo de Limoges, embajador de Francia, «le tenía tan afligido y extenuado que a no sanar de su mal por invierno el más común parecer de los médicos es que se volvía ético y sin gran esperanza para el porvenir». Decidióse entonces que mudase de aires el Príncipe, y después de titubear si le enviarían o no a una población costera de cidióse el Rey por Alcalá de Henares. Poca cosa sabemos de su estancia en la villa que ha inmortalizado Cervantes, sino que el Príncipe se divertía mucho, pese a sus diez y seis años, con un pequeño elefante regalo del Rey de Portugal y que un día por vía de burlas tragó una perla del valor de 3,000 escudos. El detalle es típico de los anormales, que se divierten a menudo con jugaretas de esta especie y a quienes seducen la extrañeza y el despilfarro. El célebre caso de las perlas de Cleopatra, apócrifo o no, es un símbolo de la psicología de los anormales de alcurnia en semejantes casos.

El Príncipe, que parecía mejorado en 1562 de su enfermedad hasta el punto de haber podido asistir a una fiesta real en el Pardo, tuvo poco después un accidente traumático que estuvo a punto de costarle caro. Nuestro malogrado Secretario perpetuo el ilustre historiógrafo doctor Comenge, refiere en su *Clínica Egregia* el incidente, que los médicos Daza Chacón y Olivares registraron con carácter oficial. El Príncipe había dado una caída en una escalera obscura y bajando solo, cuando únicamente le faltaban cinco peldaños para llegar al suelo. Ocurrió el hecho en el convento de Franciscanos de Alcalá, y si hemos de creer al obispo de Limoges fué por dirigirse el Príncipe de hurtadillas a una cita amorosa con la hija del conserje. Al caer el Infante dió con la cabeza contra una puerta cerrada, quedando desvanecido. Daza Chacón, médico de cámara, fué llamado en el acto, lo propio que los doctores Vaga y Olivares, que reconocieron una herida «del tamaño del pulgar, con contusión del pericráneo». Se practicó de momento la cura de la herida, pero el Príncipe siguió aquejando vivos dolores. Se le sangró entonces, quitándole ocho onzas de sangre, lo que no dió más resultado que declararse de nuevo la fiebre que le había dejado hacia días. Alarmado ya Felipe II, mandó a su primer médico Juan Gutiérrez y su cirujano el portugués Pedro de Torres para que asistiesen al Infante en Alcalá. No varió gran cosa la terapéutica aun cuando el lusitano se encargase del cuidado del herido. Así éste fué de nuevo sangrado sin que empeorase ni mejorase, hasta que al décimo día sobrevinieron escalofríos y temperatura y acreció el malestar general perdiendo el sueño el herido. Una consulta con el bachiller Torres de Valladolid, que hizo desbridar el cuero cabelludo y no llegó a percibir nada por la abundante hemorragia no consiguió aliviar gran cosa al enfermo. Decidióse entonces llamar a una eminencia de la época, y fué el Rey en persona quien llevó en consulta al celebérrimo Andrés Vesalio.

Al llegar éste habíase ya declarado francamente una erisipela (flinfangitis) que se extendió a la cara, cuello, pecho y brazos, perdiendo el Príncipe la visión. Discutióse entonces si debía o no aplicarse el trépano, y tras una verdadera batalla ganada por el voto del portugués y de Vesalio procedióse a la operación. Esta, sin embargo, no pudo terminarse por haber salido únicamente sangre una vez atravesada la tabla externa del cráneo. Al cumplir los veintiún días del accidente parecía tan desesperado el estado del Infante que se recurrió a un medio extremo, cual fué el de depositar en su cama el venerando cuerpo del Beato Fray Diego, de la orden de frailes Menores, muerto en olor de santidad hacía un siglo. Ni con esto se obtuvo la suspirada mejoría, por lo cual se le sangró de nuevo en las narices y se le aplicaron ventosas, tras lo que se logró un sueño de cinco horas. Poco a poco fué mejorando el estado del augusto enfermo, que recobró la visión y la inteligencia, aunque Tiépolo dice que en su primera audiencia con los embajadores hablaba de modo muy embrollado. Lo único que nos interesa en este episodio es la causa de la caída, que quizá se debiera a un ataque de naturaleza epiléptica como ocasionalmente los padecen los anormales y degenerados.

A todo esto llegó el Infante a una edad en que pareció conveniente iniciarle en los negocios de Estado y pensar en su matrimonio. Poco favorables eran los agüeros que para uno y otro fin hacían

los embajadores en Madrid. Badoero, el enviado de Venecia, nos traza el siguiente retrato del Príncipe: «Es contrahecho de cuerpo y feo de rostro, aun cuando sea rubio y tenga blanca la tez. Es algo cargado de espaldas y sus piernas son de desigual longitud. Gusta de dañar a los demás y no ama a nadie que se sepa, habiendo en cambio muchos a quienes odia a muerte. Aun cuando los españoles celebren algunas preguntas que dirige indistintamente a quienes se le acercan, otros por la inoportunidad de aquellas mismas juzgan poco favorablemente de su inteligencia.» Esta frivolidad de espíritu, revelada en la indiscreción de sus preguntas tan típica de los anormales, se asociaba en el Príncipe con otros defectos de su mentalidad en la esfera ética y afectiva. Loranzo, otro embajador veneciano, hace la siguiente mención: «No escucha ni considera a nadie, y aun a su mismo padre hace poco caso. Es muy cruel por naturaleza y en sus respuestas da poca muestra de cortesía y benevolencia. Odia particularmente a quienes le sirven y tiene caprichos extraños, no hallándose nada que le divierta. Sus ministros le temen todos, pues si le resisten les dice palabras injuriosas». Cuando se habló del posible casamiento del Infante con la Princesa Ana, hija de Maximiliano de Austria, hubo de escribir Fourquevaulx, embajador francés: «Es muy triste que la señora Princesa se case con un Príncipe tan feo de persona y de costumbres como él es.» Ocurrió esto en 1565, y por tanto contando veinte años el Infante.

Los estigmas de degeneración que presentaba don Carlos eran, pues, bastante visibles para llamar la atención aun de los profanos. A los testimonios ya apuntados de los embajadores venecianos hay que añadir el de Fourquevaulx, quien escribe: «El príncipe es de corta estatura y estrecho de espaldas, teniendo una de ellas más alta que la otra. Tiene el pecho hundido, y una pequeña joroba en el dorso a la altura del estómago. Su pierna izquierda es mucho más larga que la derecha y se sirve con mucha menor facilidad del lado derecho que del izquierdo. Sus muslos son asaz fuertes, pero mal proporcionados y es débil de piernas. Su voz es chillona y aguda, y siente cierta dificultad cuando empieza a hablar, saliendo penosamente las palabras de su boca. Se muestra terco en sus ideas y persigue hasta el extremo lo que se ha propuesto una vez, de modo que hay mucha gente alarmada de lo que sería capaz de hacer si dejase la razón de mantenerle en el buen camino.» Por fin, en palacio corrió el rumor de que el Príncipe sería inhábil para contraer matrimonio.

La conducta de don Carlos era por lo demás la que podía esperarse de quien tantas y tan graves anomalías de organización poseía. Tiépolo escribe que sus excesos en la mesa le acarreaban más de una vez graves indisposiciones. Guillermo de Orange refiere en una de sus cartas: «El Príncipe ha comido estos últimos días dieciseis libras de fruta incluso cuatro libras de uvas en una sola sesión y en consecuencia ha caído enfermo. Un correo del Emperador regresó escandalizado de las maneras de don Carlos en la mesa y fuera de ella. Además sus costumbres eran las de un verdadero pillete, gustando, según Brantôme, de corretear por las calles durante la noche promoviendo escándalos e insultando groseramente a las mujeres. «Cuando veía alguna bella dama—escribe el gran cronista francés—así fuese de la más grandes del país, la detenía y besaba a la fuerza delante de todo el mundo, llamándola p..., barragana, perra y muchas otras injurias.» No sólo Brantôme, sino los historiadores Ferrero y Cabrera atestiguan aquellas correrías nocturnas, que en más de una ocasión dieron lugar a varios conflictos. Así habiéndole echado agua de una ventana entró el Infante en tal cólera que mandó pegar fuego a la casa. No hay que decir la atmósfera moral que este y parecidos hechos creaban alrededor de la reputación de don Carlos, a quien Fourquevaulx y Alessandrin el nuncio papal no se recataban ya de llamar loco en su correspondencia diplomática.

Más graves eran aún los impulsos homicidas que de cuando en cuando lo atacaban y que estuvieron a pique de costar la vida al duque de Alba, al Cardenal Espinosa, a Fadrique Enriquez su mayordomo y don García de Toledo. Citaremos como muy curiosa la tentativa hecha en la persona de don Alonso de Córdoba. Parece ser que habiendo encargado don Carlos unos borceguíes y hallándolos sobrado estrechos entró en un furor indescriptible. Llamó entonces al citado don Alonso, gentilhombre de servicio; y como tardase algo en venir, tan pronto como lo vió entrar abalanzóse hacia él tratando de arrojarlo por la ventana. A los gritos de don Alonso acudieron los criados, que lograron sujetar al Príncipe pero no hacerle entrar en razón. Tan frenético estaba, en efecto, que les ordenó cortar los borceguíes a pedazos y hacerlos tragar al zapatero. El historiador Van der Hammen escribe que «maltratava a sus criados, a unos quería echar por las ventanas y a otros daba de bofetones». Un día pegó unos puñetazos a don Diego de Acuña, gentilhombre de cámara que le reprendió por hallarlo escuchando a la puerta de la sala del Consejo. Por fin, con la versatilidad propia de los anormales cambiaba bruscamente de amistad, riñendo a muerte por los más fútiles motivos con el que hasta entonces tuviera la mayor confianza. Así le ocurrió con Lobón, su gentilhombre de cámara, que del colmo del favor hasta indisponerse con el Rey por su causa se vió caído en completa desgracia, llegando incluso a procesarle por *crimen legis majistatis* (sic).

A todo esto, una grave cuestión agitaba la corte de España, y era la impotencia presunta del Infante. «No muestra los otros efectos que se requieren a su edad—escribía el secretario del Rey al em-

bajador imperial.—la indisposición del Príncipe continúa como en el pasado». «El historiador Herrero afirma que las dilaciones en el proyectado enlace del Príncipe dependían de «la sospecha que no era hábil en la generación». El embajador francés, apoyado en los informes de Vicente Maynon, médico de la Reina, daba cuenta a la corte de París del estado de don Carlos. «No obstante—decía—las recetas que sus tres médicos le han hecho usar para hacerle hábil para tomar esposa, es tiempo perdido el esperar sucesión porque no la tendrá jamás.» Sin embargo, poco después circularon con insistencia rumores en sentido contrario, que Fourquevaulx comentaba irónicamente, escribiendo: «Ahora tiene la reputación de medio hombre natural, a causa de lo cual cada uno de los médicos cobró mil escudos de renta.» Tiépolo, por otra parte, se hacía eco del indicado rumor en el mismo sentido o sea dudando de su veracidad y aun manifestando su inexactitud. Nobili, el embajador florentino, refiere confidencialmente que se había recurrido a una prueba y que la mujer que se había prestado a ella había recibido un regalo de 12,000 ducados. Renunciamos a comentar el valor de este medio de decidir la impotencia, al que no sólo las familias regias han recurrido y que de poco vale ante las confesiones de una mercenaria embaucadora y un desquilibrado fácil presa de la sugestión.

A todo esto las graves anomalías de carácter y de inteligencia del Príncipe se manifiestaban de un modo inquietante. Ruy Gómez decía al embajador francés que el Infante «era aún más contrahecho de cerebro que de figura, que jamás tendría el entendimiento firme y que sus actos ya lo daban a conocer por experiencia». Desesperado de reducir a la obediencia aquel espíritu ciego y rebelde, intentó Felipe II mudar de táctica atrayéndoselo por la suavidad y dulzura. Por esto no sólo elevó de 60,000 a 100,000 escudos su pensión anual sino que le permitió asistir a las sesiones del Consejo Real. Apenas hay que decir que con ello sólo se consiguió revelar el verdadero estado mental del Infante. Fourquevaulx nos informa que el Príncipe solicitaba Nápoles, Milán o Flandes para sus rentas y que era de temer por lo que decían de sus arrebatos que no diese algún disgusto grave. Cavalli, embajador veneciano, refiere que en las sesiones del Consejo no cesaba el Príncipe de embrollar todos los negocios impidiendo las deliberaciones. Al mismo tiempo sus insensatas prodigalidades acababan de poner en alarma a la corte. Se cuenta que había adquirido del conde de Módica un cubrecama por 20,000 escudos, cuyo valor era sólo de 1,500. También adquirió de un mercader portugués un diamante por 25,000 escudos sin saber siquiera cómo lo pagaría. Verdad que en cuanto a expedientes para procurarse dinero no era muy escrupuloso. Bien lo comprueba el hecho de haber conminado al banquero Nicolás Grimaldi con traerle 25,000 escudos dándole un plazo de 24 horas.

A todo esto las relaciones entre el Infante y el Rey su padre eran cada vez más tirantes. Ya desde mucho tiempo había preguntado aquél a sus confesores si le era lícito comulgar conservando un odio invencible a su progenitor. A pesar de la respuesta negativa de aquéllos no dejó de manifestar iguales sentimientos. Esto ha inducido a graves historiadores a buscar toda suerte de motivos para explicarse tal animadversión. Así no ha faltado quien crea que don Carlos había abrazado la religión protestante, especie que no viene comprobada en ningún documento de la época. La verdad era que todo dependía de la anormalidad mental del Príncipe, que continuaba su carrera de extravagancias y locuras.—Ha habido alguna querella, dice Fourquevaulx, «entre el rey católico y su hijo por los desórdenes que éste continúa haciendo fuera de propósito». La buena voluntad del monarca, que tomaba las fases de tranquilidad de su hijo por enmienda saludable, se revelan en otras cartas del embajador francés: «Ahora, es un buen hijo—escribe—de suerte que logra de su padre cuanto quiere. Manda absolutamente en muchos casos y quiere ser obedecido sin réplica.» Esto enseña hasta qué punto dominaban la irascibilidad y la terquedad en el espíritu del Infante. No hay que olvidar que las familias, regias o no, son a veces muy poco exigentes para juzgar de la salud mental de sus deudos y que se pagan no ya de apariencias sino aun de verdaderas ilusiones. El que ha visto en los Manicomios llevarse por *curados* a enfermos presa de agitación y delirio en lo álgido del paroxismo ya no se extrañará del candor de Felipe II el *Prudente*, que lo fué muy poco en aquella ocasión. Don Carlos, en efecto, había ya tramado una fuga desde hacía tiempo.

Nada hay más característico de los anormales que las fugas que no obedecen en realidad a plan alguno ni son otra cosa que expresión de su desequilibrio. Que en el caso del Infante la evasión viniese rodeada de una atmósfera política nada tenía de particular. Todo lo que ocurre en las esferas de gobierno semeja siempre asistido de razón de Estado. Sea como quiera, el Príncipe acudió a diversas personas en demanda de subsidios para su fuga. García Alvarez Osorio y Juan Martínez de la Cuadra, sus ayudas de cámara, habían sido llamados por aquél para que le ayudasen en su propósito. Poco a poco el secreto trascendió a todas partes y más cuando el Infante llegó a contárselo a su propio tío don Juan de Austria. Verdad es que no había necesidad de ello, ya que el Nuncio y el embajador de Toscana escribían a sus respectivas cortes acerca de aquel proyectado viaje. Debía éste hacerse a los Países Bajos, cuyo gobernación había solicitado don Carlos y a lo cual le incitaban los descontentos de aquella provincia. No queremos, pues, decir que dejase de existir un plan concertado (y buena prueba

de ello ofrecen las intrigas de Montigny en la corte) sino que el Infante hubiera igualmente concebido el proyecto de fuga por el solo efecto de su mentalidad perturbada.

Si algo faltaba para caracterizar el estado frenopático de don Carlos, era su último atentado que se dirigió contra don Juan de Austria. El embajador francés refiere que el Príncipe quiso matar a su tío con una pistola, pero el ujier de guardia, cuya relación se conserva en el Archivo de Simancas, afirma que trató de herirle con una espada. Sea como quiera, el arresto del Infante era ya cosa decidida, y aquella misma noche se efectuó con el mayor sigilo. Aquí fué preso en su cámara por su propio padre Felipe II, que entró y con una sangre fría extraordinaria había descolgado el puñal y la espada suspendidas del testero de la cama. Desesperado, el Infante quiso arrojarse al fuego de la chimenea, pero fué detenido por la comitiva del Rey. Este completó su obra haciendo registrar las habitaciones y mandando quitar todo lo que fuese de hierro o acero, hasta las tenazas de la chimenea. Un alienista nada tendría que añadir en esta parte a la conducta del monarca, que se acreditó de buen aposentador de desequilibrados. Herrero dice que aquí procedió con mucha blandura. «Lo que hago es por vuestro bien», le respondió al Príncipe al pedirle éste que le quitasen la vida. Que todas las precauciones eran pocas lo comprueba el hecho que poco tiempo antes había encargado el Infante a Luis de Foix el ingeniero que le fabricase un libro con el que pudiese de un solo golpe matar a un hombre. Parece que don Carlos había leído que antaño un obispo se evadió de la cárcel matando al guardián con su breviario, que sólo era un ladrillo revestido de cuero. Al propio tiempo se había hecho construir por el mismo ingeniero una máquina con unas poleas a fin de poder cerrar y abrir la puerta desde su lecho. Hay que advertir que el Príncipe, siempre inquieto, no dormía jamás sin tener bajo la almohada dos espadas desenvainadas y dos pistolas cargadas. A más conservaba en su guardarropía dos arcabuces con pólvora y balas, prestos a disparar. Lo que admira después de todo es que Felipe II no hubiera sido víctima de un hijo vesánico y que lo conceptuaba como su peor enemigo.

El cautiverio de don Carlos no tuvo nada del lúgubre color con que lo han revestido los literatos románticos. Seis gentileshombres fueron destinados a su servicio y todos pertenecían a la nobleza más encumbrada. Ocho monteros de cámara le vigilaban además y le servían. Aparte del personal de servicio a nadie se permitía el acceso al enfermo, que fué recluído en sus habitaciones. El embajador francés mismo se cuidó de desvanecer el absurdo rumor de que el Príncipe llevaba grilletes de hierro. Ante el temor de que se arrojase por las ventanas se las tuvieron cerradas, hasta que más tarde se le dejó contemplar el campo. No se le consintió permanecer solo ni aun por la noche, y así el duque de Liria primero y el Conde de Lerma después durmieron en el mismo aposento. Salazar de Mendoza refiere que «una guarda de cavalleros y monteros se acomodó en una pieza grande y espaciosa en la torre adelante de el aposento de el príncipe». Durante el día dos alabarderos de guardia estaban ante la puerta.

Por lo demás, las condiciones de la reclusión del Infante eran las que rigen en todo manicomio. No debía hablársele en ningún modo de aquélla, ni consentírsele que recibiera cartas ni recados, así como tampoco que los transmitiera. Don Carlos no salió de su aposento ni para oír misa, celebrándose ésta en un oratorio contiguo. La carne de la comida se le daba cortada, ya que en manera alguna se le permitía tener cuchillo de mesa al Príncipe. Los únicos libros autorizados para la lectura eran los «de buena doctrina y devoción», si hemos de creer a Cabrero.

La orden en la corte fué de no hablar para nada del recluso y se cumplió tan exactamente «como si no hubiese aquél nacido», dice Fourquevaulx. Los predicadores no podían mentarle en sus sermones y las ciudades del reino debían abstenerse de enviar delegados para informarse del regio enfermo. Carlos IX de Francia, curioso de saber lo que ocurría y habiendo escrito con este fin a su embajador, recibió como respuesta «que era muy difícil saber lo que hacía el Príncipe». Y añadía: «La misma reina no puede saber sino lo que el rey su marido quiere decirle.»

Poca cosa en realidad se sabe de la vida de reclusión del Infante, a falta de relaciones escritas de su personal de servicio. Sólo una carta del doctor Hernán Suárez nos informa que el Príncipe no quería confesarse, lo cual alarmó sobremanera al primero, que temía ver la Inquisición tomar cartas en el asunto. Por otra parte, el embajador francés daba cuenta del deplorable estado del Príncipe, «que come muy poco—decía—y de mala gana, no durmiendo casi nada, lo que no le aprovecha para enmendar su entendimiento. Enflaquece a ojos vistas y los ojos se le hunden en la cabeza.» También los embajadores de Venecia y Toscana afirman que el Príncipe rehusaba la comida. Con el criterio científico moderno, ha de interpretarse el estado del enfermo como una crisis de negativismo. Esto nos llevaría, como es natural, a admitir como más probable una demencia precoz que tan frecuente es en los imbéciles y anormales.

El estado del Príncipe empeoraba cada día, y así Fourquevaulx se burlaba de la confianza del Emperador en la próxima libertad de don Carlos. El embajador francés señalaba ya «la notoria incapacidad y falta de seso del Príncipe», no cesando de mencionar su próximo traslado a una prisión definitiva en Segovia, Medina, la torre de Epila o la de Arévalos. Entretando las crisis mentales del

regio enfermo se exacerbaban, acompañándose de fiebre que dió lugar al diagnóstico de tercianas dobles malignas. Todos los historiadores relataron los excesos de régimen del Infante, que tan pronto devoraba como permanecía en ayunas, pasando días enteros con agua helada o ciruelas. Andaba desnudo o poco menos por su aposento, cuyo suelo hacía regar, y mandaba le enfriaran la cama con cubos llenos de nieve. A veces arrojaba ésta a puñados en el lecho o se exponía a una ventana donde soplaba un recio viento. Sea como quiera, redobló la fiebre y se acompañó de vómitos y de disentería. La delicada salud del Príncipe no pudo ya resistir tan duras pruebas y falleció poco después, el 24 de julio de 1568, sin que nada se sepa de cierto sobre el modo de ocurrir su muerte.

Tal es, a grandes rasgos, la historia clínica de aquel anormal ilustre, que destinado a ceñir un día la corona de España, terminó en una celda de reclusión siquiera fuese ésta en un palacio. Si no podemos proporcionar más que un modesto bosquejo de tan célebre caso no es por cierto culpa nuestra, sino de la falta de datos médicos. No podemos, además, olvidar que lo atrasado de conocimientos de la época hacía bien liviana la labor de los médicos que asistieron al Infante. De todos modos, bien cabe sacar en conclusión que indiscutiblemente se trataba de un ejemplar de degeneración mental en la ya castigada familia de los Austrias. Esto permite que la ciencia médica contemporánea absuelva por completo la memoria de Felipe II de la tremenda acusación de crimen de Estado con que harto tiempo se le ha perseguido. La posteridad, que no ha sancionado la política del monarca en sus Estados, ha de reconocer en cambio que dentro de su familia y en el asunto del Príncipe heredero no podía aquél hacer sino lo que hizo, obligado por la más triste de las necesidades. La infausta suerte de don Carlos fué que como desequilibrado le sucedió lo que a otros como genios: adelantóse a su época. Hoy se corregirían en una institución médico-pedagógica casos como el suyo y no habría leyenda alguna que hermoseara y desfigurase lo que en el fondo es la más cruel de las deformidades y aberraciones humanas: la del espíritu.

Sesión del 26 Octubre

PRESIDENCIA DEL DOCTOR CARULLA

DOCTOR BARTRINA.—Declara, que dada la índole de los estudios a que se dedica, es quizá el menos indicado para intervenir en la cuestión puesta hoy a la orden del día, pero desea tomar la palabra para sentar reglas generales que formen un plan de discusión y que expresen ciertos principios en los que, en sus líneas generales, todos puedan estar conformes; cosa indispensable en este momento, cuando una gran ambigüedad y las más desacordes opiniones se traslucen en la conversación médica diaria y en las comunicaciones a los periódicos científicos y a los no profesionales. A este objeto presenta a la consideración de los señores Académicos las siete proposiciones siguientes:

1.° Existe actualmente una enfermedad infecciosa que ha tomado forma epidémica, que por su comienzo, su evolución, sus complicaciones, y especialmente por su contagiosidad y enorme poder de difusión, hasta el punto que en poco tiempo se ha paseado casi por todo el mundo (cosa no realizable en tan alta escala por las demás enfermedades infecciosas) y que es exactamente la misma que con el nombre de influenza o de gripe se padeció el año 1889.

2.° Hace ya tiempo parece estar demostrado que el bacilo de Pfeiffer no es específico de la gripe. Se creyó esto en la citada epidemia de 1889 porque se encontró con harta frecuencia en los atacados, pero en las epidemias y casos esporádicos posteriores se ha hallado raras veces; en cambio unas veces se ha encontrado el micrococus catarralis, o el neumococo (como actualmente) o el estreptococo, el paratifus, etc. Nuestro inolvidable maestro el doctor Robert parecia adelantarse a su época, cuando al observar el polimorfismo clínico de la gripe lo interpretaba por el papel que desempeñaban seguramente las simbiosis bacterianas, y textualmente decía: «En esta infección, como sin duda en otras muchas, el hibridismo y la asociación microbiana representan un papel considerable; siempre en los problemas patogénicos estarán a la orden del día.»

3.° Según las más recientes investigaciones, la noxa flogógena o microorganismo productor de